

**DISTINCIÓN AL MÉRITO CIUDADANO A LOS SEÑORES
JUAN PELAYO DE VEGA, GERMÁN DE VEGA
Y JOSÉ ANGEL DE VEGA**

Sr. Presidente: Bien, señores concejales, estamos en un cuarto intermedio de la sesión de la fecha, por lo que vamos a dejar de lado las cuestiones protocolares y formales. Hay gente emocionada esperando este reconocimiento. Así que voy a darle la palabra al concejal Irigoín para que sea una especie de maestro de ceremonias de este acto.

Sr. Irigoín: Hoy nos encontramos reunidos en el Concejo Deliberante para hacer un reconocimiento a una familia que tiene que ver mucho con la identidad de Mar del Plata, con el pasado de Mar del Plata, con un pasado de trabajo, de dedicación e integración a la comunidad. Son ampliamente conocidas las participaciones de los hermanos De Vega en nuestra ciudad desde hace muchos años. Esta es una historia antigua que comienza en 1900 cuando Vicente De Vega llega a Mar del Plata con muchos sueños y poco capital, como muchos de los inmigrantes que nos antecedieron. Por supuesto él tenía cierta experiencia en tareas de campo y a ello se dedica hasta que funda una pequeña empresa láctea llamada La Moderna, donde comienza a trabajar con alguno de sus hijos y acompañado de su esposa Obdulia Gutiérrez. Once hijos tenía Vicente De Vega y esta empresa láctea -que empezó con un carro tirado por caballos- durante muchos años entabla esa relación tan particular entre los lecheros que repartían casa por casa este producto y en algunos casos con la familiaridad de que los lecheros tenían la llave de cada casa y entraban como un amigo más para dejar la leche que venía en tarros que luego volcaban en las ollas que los vecinos dejaban. Esta empresa duró algunos años, los hermanos De Vega que hoy nos acompaña eran todavía muy chicos y el hermano mayor junto con el padre es el que se dedicó más a esta empresa, que también sufrió los avatares de esa época, sobretudo la crisis del '30. Pero como ellos habían mamado de muy chicos esta actividad que tenía mucho que ver con una Mar del Plata todavía muy rural, crearon en 1939 una nueva empresa que se llamó El Amanecer, nombre que aun hoy tiene. Es una de las tantas empresas que nosotros sentimos como muy nuestra, como una empresa realmente marplatense y que más allá de su calidad como organización y del producto que entregaban creo que lo más destacable era la laboriosidad que cada uno dedicaba a su tarea. Se habían dividido las tareas pero es bueno reconocer la cantidad de tamberos que tuvieron la oportunidad de colocar sus productos -algunas veces al fiado o muy en confianza gracias al surgimiento de El Amanecer-. Ellos empezaron con una pequeña camioneta que repartía la leche en principio en tarros pero luego en botellas que eran dejadas en cada una de las casas. Luego compraron en San Martín y San Juan y pusieron allí su primera empresa, habían empezado en 212 e Ituzaingó, en medio del campo en esa época. Fueron creciendo en función del trabajo y la honestidad y pusieron en Tandil una usina, donde fabricaban los quesos que hoy conocemos. No se fueron quedando en una pequeña empresa sino que ahí termina la gran etapa de la modernización de la empresa en lo que hoy es la planta de San Martín y Tierra del Fuego. Creo que ahí ellos llegan a culminar su sueño: que una pequeña empresa surgida de una pequeña camioneta y una compra a los tamberos de la zona se hubiera transformado en una empresa importante. Nunca dejaron de estar en la empresa. Siempre estuvieron con algunos de sus hijos trabajando en la empresa, ocupándose de los clientes y tamberos. Esto no les restó tiempo para integrarse a la comunidad, para hacerse partícipes de la misma. Don Juan, que fue empleado ferroviario en Estación Camet funda luego el Club Estación Camet, plenamente integrado a ese lugar, con tanta identidad y donde tantas veces el Concejo Deliberante sesionó. A partir de ahí comienza a hacer una tarea integrada con los lugareños; algunos de ellos también participaron de comisiones directivas

del Club Quilmes, un club tan querido por nosotros. O sea que tuvieron espacio para llevar una actividad empresaria honesta –cosa que puede mostrar a sus hijos y nietos- y mostrar asimismo cómo se puede trabajar también en la comunidad, participando de las inquietudes de la misma. Creo que el ejemplo de ellos debe servirnos a todos nosotros de compromiso que cuando los objetivos están claros, cuando se trabaja con honestidad, los objetivos se pueden lograr. Les agradezco mucho todo lo que han hecho por la ciudad, por los marplatenses y porque sé que lo han hecho con mucho cariño y honestidad.

-Aplausos de los presentes.

Sr. Presidente: Señor De Vega, tiene la palabra.

Sr. Juan De Vega: Les confieso que estoy un poco nervioso porque me ha llegado una distinción que ustedes me dan a mis hermanos primero y luego a mí, porque el que está en el medio de los tres es el mayor de los tres y siempre lo respetamos como el mayor de los tres. A los 13 años me fui a trabajar a ganar \$25.= a un tambo porque me gustaba andar a caballo, dos años después traté de ir a las chacras pero en esos años los chacareros dejaban las papas sin sacar porque no valía nada. Un hermano mayor -que fue como un padre, sin desmerecer a nuestro padre que quedó con un brazo inutilizado por un vuelco en el carro de lechero- fue acompañando a mi madre y ayudó a criarnos en una chacrita donde no hubo plata pero nunca faltó en la mesa nada para comer. Mis padres y mis hermanos mayores nos dieron tal ejemplo que no sé si nos lo hemos ganado, se lo debemos a ellos y también a Dios que quisiera que esto sea también para todos los presentes, para el país y para toda la gente que tanto necesita hoy por lo dura que está la situación. Pero en los años '30 también la situación estaba dura, mis hermanos contrayeron enlace, hicieron sus casas, fueron dejando y el que está acá en el medio -que es el mayor de los tres- se fue a trabajar a una lechería llamada “La Buena Medida”. Allí trabajó cuatro años y ahorró como para comprarse un pequeño reparto. Yo entré en el ferrocarril porque tenía a mi hermano mayor que había dejado el reparto y estaba en el ferrocarril. Teníamos un cliente que cuando había huelga le llevábamos la leche para sus hijos a caballo tapada con una bolsa. Ese señor se llamaba Jensen y nos dio trabajo enseguida que le pedimos. Una vez que entré al ferrocarril enseguida quedé efectivo y me nombraron en Camet pero en ese momento nuestro padre había desaparecido, Germán se había hecho cargo de nuestra madre y del reparto y nuestro otro hermano Angel -Pocho le decimos- salió de peoncito, peoncito que no se malogró sino que, al contrario, fue para arriba y trabajaba fuerte para un señor que transportaba leche. En Camet yo me prendía con los amigos en las chacras porque no estaba acostumbrado a hacerme la comida y para no cocinar a la noche iba a cenar a la casa de ellos; en Camet no se trabajaba, se estaba bien, era toda gente amiga. Me llevaron a la cooperadora del colegio pero no me gustó mucho porque había otros que mandaban más que yo y entonces resolví fundar el club y lo fundé como se hacía en aquel tiempo y ahora a veces también: a dedo. Como era un muchacho joven sabía que no me iban a tener mucha confianza y como revisores de cuentas elegí a un señor que tenía una gran casa comercial allí en Camet y al jefe de la estación para que controlen. El señor Camet nos autorizó a que hiciéramos la cancha provisoria en el campo de él y allí debutamos. Se cobraba 50 centavos a los socios y aunque algunos no lo querían pagar porque no nos tenían confianza había otros que nos tenían confianza. Elegí los colores de Camet porque en ese entonces había llegado el señor Sola con el cuñado Eduardo Menta y con el tema del club fuimos haciendo amistad y tomando confianza; le puse los colores de Banfield porque sabía que el señor Sola era de Banfield y enseguida recibí diecisiete equipos con los colores de Banfield. En ese entonces, no sólo era el que mandaba a dedo sino que era la época de los conservadores y el Intendente -

que era conservador- al enterarse de que el club se había fundado nos mandó dos pelotas de fútbol nuevas que tuve que ir a buscar a Casa Muñoz. Nos hizo debutar con Vivoratá con la condición de que teníamos que ganar el partido y lo ganamos. Por los nervios de esta reunión no traje la foto pero el Intendente González Segura y el secretario están en la foto de ese partido debut. También tengo que agradecer que cuando a mi hermano mayor le tocó la conscripción el Intendente socialista de entonces hizo las gestiones para que lo exceptuaran del servicio porque nosotros éramos todos chicos. Más tarde, cuando estábamos haciendo el club un vendaval nos llevó el techo y luego de un almuerzo la gente de la Intendencia nos ofrecieron hacer la mitad del techo si la otra mitad la poníamos nosotros. Al poco tiempo teníamos techado el club. Por eso, nosotros no hacemos distinción de colores políticos entre los partidos sino que valoramos a las personas y todos hemos tenido la ayuda y el acompañamiento para luchar en la vida. Mis hermanos me invitan a trabajar con ellos; yo era el más pobre porque el que comandaba la lechería era mi hermano menor y el que era jefe, ya tenía su reparto y su camioneta, era Germán, que había sido empleado de “La Buena Medida” durante cuatro años ahorrando peso a peso y sin un franco porque el único día que no se trabajaba era el 1º de mayo. No me gustó mucho que me llamaran porque ya me había acostumbrado a otra vida pero me dijeron “vení para atender al público y los tarros”. Renuncio y me vengo de Camet. El día antes de venirme viene un señor Eduardo Menta - encargado de la estancia El Casal- que sabía que me iba y me dice “Mire, De Vega, tenemos un tambo y vamos a poner cuatro, si ustedes necesitan la leche, es para usted”. No podía creerlo y cuando le digo a mis hermanos lo que traía hacía de cuenta que traía los bolsillos llenos de plata porque en ese tiempo se habían largado los campos de Peralta Ramos, cada vez se largaban más tambos, cada vez había menos leche, repartíamos en invierno a lo mejor tres veces por semana, vendíamos de a medio litro, en fin, era un desastre. No me pidieron ninguna garantía (eso se lo debo a mi actuación en el club) y mi hermano, que era el que manejaba el dinero, fue absolutamente cumplidor y puntual con los pagos, aunque no le quedara un centavo en el bolsillo. Entré para atender el mostrador y los tarros pero empezamos a crecer y pasaba de lavar un tarro a otro y tenía que ir agachado porque no me daba la cintura, entonces tuve que ir mirando otra cosa. Cuando había licitación en los asilos viajaba a Buenos Aires y allí me contacté con una gente que tenía una fábrica, le presté la casa para que vengan a conocernos, nos hicimos amigos y nos mandaban leche en verano y ya venía enfriada y pasteurizada en el mismo campo. Nos gustó e hicimos la sociedad. Como era preferible esto que lavar tarros, me comprometí a irme a Tandil y allí estuve cuarenta años de lucha y de suerte porque encontré gente que me ayudó. En un momento de huelgas enormes en las fábricas de Magnasco donde tenían que tirar la leche, me acerco a don Atilio Magnasco y le propongo que me venda la leche ya que en Mar del Plata faltaba leche. Me dijo que sí y eso trajo una amistad que durante diecisiete años toda la que nos sobraba a nosotros se la entregábamos a él y toda la que precisábamos en invierno y verano la retirábamos de la fábrica como si la fábrica fuera nuestra. Tal era la confianza que nos teníamos y me emociono al recordarlo. Volviendo para atrás, cuando yo estaba en Camet había quedado muy bien con este señor Menta y lo recuerdo permanentemente. Ayer, a última hora, cuando voy a llevarle el recibo de lo que había comprado para donarle al colegio me encuentro con una de las maestras, nieta del señor Atilano Suárez, que fue el tesorero del club. Estando allí me entero que en ese colegio está la hija del señor Menta, que ya falleció hace muchos años. Fue una emoción muy grande. Por último, les deseo a todos la misma dicha aunque siempre hay algo no tan bueno que se cruza en la vida, que todos tengan la misma suerte en la vida que he tenido yo. Me sobran los dedos de la mano para señalar a la gente que no fue buena conmigo. Estoy muy agradecido y hoy me superó esto porque quisiera haber hablado mejor pero me superó porque no lo esperaba y les quedo muy agradecido. Cada uno de nosotros estuvimos

en nuestro lugar; yo me retiré hace unos años pero tengo un hijo en Tandil que se está haciendo su fabriquita. Me queda la esperanza de que en poco tiempo los pueda invitar a comer aunque sea una quesada. Muchas gracias.

-Aplausos de los presentes.

Sr. Presidente: Sé que hay muchos concejales que quieren participar, así que le voy a dar la palabra al concejal Salas en primer lugar, al concejal Anastasia en segundo término y al concejal Romanín en tercer término.

Sr. Salas: Gracias, señor Presidente. Ante todo, le quiero decir que habló muy bien porque todo lo que nos contó es una lección de vida para todos nosotros y creo que cuando estamos en un momento donde muchos hablan de la economía social, El Amanecer y todos ustedes fueron un ejemplo de lo que se puede hacer con la economía social, por el reconocimiento permanente que ustedes tienen de Estación Camet, de la sociedad de fomento, de los colegios. Nosotros decimos que más allá del esfuerzo de vida, siempre que algún dinero sobró lo pusieron en la sociedad, beneficiaron a la sociedad. Recién nos decía que uno de sus hijos está fundando una empresa y seguramente le va a costar tanto como les costó a ustedes porque hoy la economía tampoco está fácil. Permanentemente hablamos de lo difícil que es este tema de la globalización y cuando usted nos decía que en aquel momento faltaba leche y faltaban consumidores nos dimos cuenta que siempre hubo problemas pero que cuando hay voluntad esos problemas se pueden superar. Nosotros estamos hablando de El Amanecer y creo que en Mar del Plata y en Argentina debe amanecer un nuevo tiempo pero que ese tiempo va a surgir del esfuerzo. Churchill -que no es santo de mi devoción- decía que –a propósito de que en este momento de la globalización nos estamos quedando sin fronteras- los hombres son como los árboles: cuanto más crecen más entierran sus raíces en la tierra. Y creo que esto es lo que debemos hacer nosotros. Y lo que usted dice, yo lo viví en mi pueblo, muy parecido a Camet, tenía 300 habitantes, el lechero pasaba por mi casa, viví ese momento de esfuerzo -el mismo momento que quizá El Amanecer creció en la ciudad de Mar del Plata- y le puedo asegurar que sus palabras fueron muy bonitas. Se expresó muy bien y me encantó esta lección de vida. Los homenajes que hacemos en este recinto son siempre merecidos y en esta ocasión no sólo es un homenaje merecido a todos ustedes sino que también es una lección de vida, por lo que desde el Justicialismo les agradecemos todo lo que han hecho por esta ciudad. Nada más.

-Aplausos de los presentes.

Sr. Anastasia: Fuera de todo protocolo, debo decir que nosotros también compartimos el susto de hablar en público, simplemente hemos aprendido a disimularlo un poco más. Tengo la oportunidad hoy de saldar una deuda con usted y con su familia. Hay recuerdos que uno los deja quietos, perdidos en la memoria y no los rescata porque rescatarlos significa dolor por los acontecimientos que uno vivió. Corría 1989, era concejal, época de hiperinflación, de conmoción social y tiempos muy angustiantes, bombardeados por la radio, la televisión y los acontecimientos nacionales. Un día, en lo que es hoy la Secretaría de Calidad de Vida se empezó a formar una cola de gente con necesidades: había madres, chicos que no tenían ni para tomar la leche ese mismo día. No teníamos dinero porque el dinero había desaparecido, la Municipalidad no podía comprar absolutamente nada y estábamos desbordados sin saber qué hacer. Entonces, con concejales de otras bancadas como Guerrero, Mantero y otros más, salimos a ver quién nos podía dar una mano porque sinceramente no teníamos donde recurrir. Recuerdo que llegamos a El Amanecer y le comentamos la situación. De inmediato, en forma

espontánea, la familia dispuso que se cargaran camiones y a las dos horas teníamos leche en la Municipalidad para satisfacer una necesidad urgente e imperiosa. Esta leche fue enviada sin cargo, ni siquiera a cobrar, simplemente como una respuesta solidaria de una familia solidaria de la ciudad de Mar del Plata a gente que la estaba pasando muy mal. Por eso hoy le agradezco a la vida tener la oportunidad de darle las gracias a usted y a su familia por lo que hizo por la ciudad en nombre de mi partido y de la ciudad de Mar del Plata. Muchas gracias.

-Aplausos de los presentes.

Sr. Romanín: Quiero sumarme en nombre del Partido Socialista Democrático y del Bloque del Fre.Pa.So. a las palabras que han dicho los concejales Irigoín, Salas y Anastasia en reconocimiento a una familia de marplatenses, que marcan la impronta de cómo se hizo y por qué se hizo Mar del Plata como es. Ellos son un reflejo, son los que marcar la identidad de nuestra ciudad, los que junto con tantas otras familias marplatenses -veo a Cabrales, no me quiero olvidar de Piantoni, no me quiero olvidar de..., de..., de...- que con fuerza, con fe, pensando fundamentalmente en Mar del Plata generaron industrias, trabajo, generaron solidaridad. Bien lo decía Juan, a mí me tocó algo parecido con El Amanecer en un momento que en un barrio de esta ciudad se necesitaba llevar alimentos, leche y demás. Fueron ellos los primeros que pusieron a disposición de esta gente un camioncito con alimentos. Con estos ejemplos que marcan la personalidad de ellos, es que Mar del Plata se construyó. Yo creo que hoy estos compañeros socialistas a que hizo referencia Juan De Vega que le posibilitaron construir la mitad del galpón con lo que hoy llamaríamos un subsidio, hoy estarían contentos y pidiéndome que los felicite porque no se equivocaron. Ayudaron a una familia marplatense, a una empresa marplatense que culminó su trayectoria con estos tres “próceres” que son los De Vega en nuestra ciudad. No puedo sacarme, señor Presidente, la camiseta de Quilmes, está también acá Pocho Palumbo que podría hablar mejor que yo lo que ha sido la familia De Vega para Quilmes. Tuve un fugaz paso por la comisión de fútbol de Quilmes y supe valorar el aporte de todo tipo que han hecho, siguen y seguirán haciendo los De Vega para que Quilmes siga siendo -para nosotros- el mejor club de Mar del Plata. Gracias, De Vega, y que vivan muchos años más.

-Aplausos de los presentes.

Sr. Germán De Vega: Bueno, estoy un poco emocionado. Tendría mucho para contar, para agradecer a la Municipalidad. Recuerdo que cuando empecé a repartir el mayordomo –así se le llamaba- de la Municipalidad me habría la puerta para traer la leche porque los empleados municipales tomaban la leche al son de sus primeros trabajos. El mayordomo que me abrió la puerta -que tenía una cantidad enorme de llaves- era el padre de monseñor Plaza, que vivía en la zona que está entre el Hogar Unzué y el Instituto Peralta Ramos, en el medio de esas tierras despobladas donde había una casa. Yo entraba antes que los empleados. Es muy larga la historia para contarla y sé que los señores que nos han invitado y tenido la gentileza de traernos acá también tienen sus cosas que hacer, por lo que no quisiera robarles el tiempo porque hoy los concejales tienen una actividad intensa y con muchos problemas, que también había antes pero ahora somos muchos. Recuerdo mi pasado y quiero agradecer que cuando empecé dos firmas me ayudaron: “La Buena Medida” y “Navarro Hermanos”. Todo lo que precisábamos en cuanto a camiones en esa difícil época de la guerra civil española y luego la guerra que empezó en 1939 justo cuando me independicé nos fue facilitado. Ya no quedarán clientes de los que tenía, repartía 150 litros cuando empecé y debía recorrer todo Mar del Plata, 99 eran los clientes, 22 litros por día me pagaban por año y había que financiarlo, de

alguna manera siempre salí a flote. Tengo el recuerdo y la alegría de saber que muchos empleados nuestros el primer trabajo lo consiguieron en El Amanecer, allí formaron su hogar, hicieron sus casas porque tuvimos la suerte de poder ayudarlos y se jubilaron en la empresa; más de uno el único patrón que tuvieron fuimos nosotros. Esa es la satisfacción que me queda de haber ayudado a todos los que pude. Recuerdo que el tío del doctor Romanín es el que más nos exigía a nosotros el cumplimiento de la calidad de la leche porque había que avanzar, mejorar y quería que pasteurizáramos la leche. Él fue el que nos dio el empujón para edificar en Tierra del Fuego y cuando terminamos allí creímos que habíamos cumplido con todo pero no, había que seguir trabajando. Cuando Mar del Plata cumplió 100 años, en un libro que editó La Capital, nosotros pusimos un saludo para todos nuestros clientes principalmente, sin olvidarnos de los proveedores y productores de leche, que hoy como hace 60 años tenían dificultades para colocar el producto pero siempre fuimos para adelante. He crecido en estos sesenta años junto a los clientes y junto a mis hermanos, que me acompañaron siempre, que nunca me preguntaron por qué faltaba plata hoy o algo parecido. Ellos siempre tuvieron confianza en mí y yo en ellos; nunca pensamos en cobrar a fin de mes, cobrábamos cuando podíamos y pagábamos lo antes posible. Tanto es así que cuando llegó la hiperinflación de 1989/90 no le debíamos nada a nadie y a nosotros nos debían todos: los clientes, los supermercados, etc. Ahí tuvimos un momento duro porque al no deber nada no nos beneficiamos con nada pero sí se favorecieron los que nos debían. Pero siempre estábamos con la conciencia tranquila y el gusto de poder ayudar a un empleado, sea para casarse o para comprar una casa (cuando se trataba de comprar un auto ya éramos más reacios y exigíamos un poco porque sabíamos que era un socio más que teníamos que mantener). Pero a todos llegamos bien y todos quedaron conformes; muchos empleados han hecho sus casas con su trabajo y con la ayuda de El Amanecer, por qué no decirlo, pero esa satisfacción la tenemos siempre. No quiero ser muy extenso porque quienes nos trajeron también tienen sus obligaciones. Quiero saludar a aquellos 99 clientes, el doctor Palá era uno de los clientes que tenía y que cuando tenía alguna mamá que no tenía para la leche de su criatura me recomendaba a la casa y me recibían con mucho agradecimiento y yo iba aumentando mi reparto. Tuve muchos y muy buenos clientes y con todos he quedado conforme. Cuando se casaba alguno, yo compraba un hervidor de acero inoxidable y era el regalo que hacía; después cuando tuve auto cuando algún cliente se casaba hasta lo llevaba a la iglesia y era el invitado principal. Hay muchas cosas más para recordar pero lo dejaremos para otra oportunidad. Vuelvo a agradecer a la Municipalidad, a los clientes, a los proveedores y a los productores que lucharon mucho y siempre nos atendieron bien. También quiero agradecer a los empleados, llegamos a tener 240 empleados y 10 carros de reparto, carros que hicieron los Duhalde. Hablar de Duhalde y hablar de Quilmes es la misma cosa. Cuando llegaron los autos, un amigo –cuya esposa se encuentra acá- me dijo que me comprara un auto, “pero don Pepe, si yo no sé manejar” le dije, “no importa, yo te voy a enseñar” me dijo. Con su coche particular me enseñó a manejar mientras llegaba la última unidad que llegó a Mar del Plata antes de empezar la guerra del '39. Ese fue el primer gran paso que di en el avance económico. La empresa creció mucho y nosotros también; de los 84 años que tengo, 70 los dediqué a vender leche. Quiero saludar a la escuela N° 13 donde todos los De Vega estudiaron lo poco que se podía enseñar porque no había más que cuarto grado y con eso salíamos a trabajar. Conocí maestras-madres que hacían de todo, tuve el gusto de ser alumno de César Ibarroso, un maestro de maestros, y agradezco las lecciones recibidas. Señores, me despido y les agradezco de nuevo este instante tan feliz que nos han hecho pasar como así también a compañeros y parientes que tengo enfrente. Nada más.

-Aplausos de los presentes.

Sr. Angel De Vega: Tengo muy poco para decir. Estoy muy agradecido a la gente que nos hace este homenaje y bastante nervioso. Han escuchado de parte de mis hermanos un “gráfico” de nuestra vida; yo fui el menor y el que tuvo la suerte de reunirlos en el lugar que lo hicimos, que fue en la lechería “Tamberos Unidos” donde yo trabajaba. Por eso tengo que agradecerle a Mar del Plata, a los clientes, a las amistades que nos han quedado, a los empleados que nos han ayudado. También quiero agradecer a la Municipalidad, a la gente tan servicial que tenemos acá con la comunidad, porque esto que han hecho es para la misma comunidad. Les agradezco, muchas gracias y suerte para todos.

-Aplausos de los presentes.

-Acto seguido los hermanos De Vega hacen entrega de una donación a la escuela N° 3 de Estación Camet.

Sr. Presidente: La carta dice: “De nuestra consideración: Por la presente los señores Juan De Vega, Germán de Vega y José De Vega hacen entrega de dos impresoras Hewlett 400 y sus insumos correspondientes a la señora Claudia Suárez, nieta de don Atilano Suárez, recordándolo en su honrada labor como primer tesorero del Club Social y Deportivo Camet. Queremos por su intermedio sean entregados en donación a la escuela N° 3 José Manuel Estrada de Estación Camet, que tanta falta le hace. Sin otro particular y deseando sea de utilidad para el progreso de los niños y de la escuela, saludamos muy atentamente.” simbólicamente entregamos esta donación.

-Se hace entrega de la misma a la señora Claudia Suárez, en el marco de nutridos aplausos.

Sr. Presidente: Y para ir finalizando este acto voy a invitar a los concejales que han hecho uso de la palabra a que entreguen los reconocimientos.

-A continuación los concejales Irigoin, Salas y Anastasia entregan copias del Decreto con la distinción de Mérito Ciudadano a los señores Juan, Germán y José De Vega, acto que es rubricado por nutridos aplausos de los presentes. Se da por finalizado el homenaje.